

Históricas Digital



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

Ignacio Guzmán Betancourt

“Editor de antiguas obras lingüísticas sobre el náhuatl”

p. 165-190

*In Ihiyo, in Ilahtol. Su aliento, su palabra.
Homenaje a Miguel León-Portilla*

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

El Colegio Nacional

Instituto Nacional de Antropología e Historia

1997

366 p.

ISBN 968-36-5957-8

Formato: PDF

Publicado en línea: 16 de abril de 2018

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/in_ihiyo/334.html

DR © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



EDITOR DE ANTIGUAS OBRAS LINGÜÍSTICAS SOBRE EL NÁHUATL

IGNACIO GUZMÁN BETANCOURT

Dentro de la vasta y sólida producción bibliográfica del doctor Miguel León-Portilla, figuran tres aleccionadores estudios efectuados por él para presentar al moderno estudioso las ediciones facsimilares de las obras lingüísticas de fray Alonso de Molina (1970), del padre Horacio Carocho (1983) y de fray Andrés de Olmos (1993), este último realizado en colaboración con su esposa Ascensión Hernández, distinguida investigadora del Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM.

Como un verdadero acierto podemos considerar la participación del doctor León-Portilla —y, naturalmente, de su esposa Ascensión en la edición del *Arte* de fray Andrés de Olmos— en esas publicaciones tan significativas para el conocimiento de la lengua y la cultura náhuatl.

Perito indiscutible en ese idioma y, además, notable experto en el tratamiento de cuestiones históricas, filológicas, literarias y lingüísticas mesoamericanas, su incursión en el campo al que pertenecen las obras reimpresas no podía resultar más que ampliamente beneficiosa para dichas publicaciones. Y más aun si se toma en cuenta no sólo su acostumbrado rigor en el análisis y presentación de las materias que estudia, sino también la manera clara, elegante y amena con que las expone al lector, para que éste obtenga provecho inmediato de sus conclusiones y enseñanzas.

Por todo lo anterior, se comprenderá cuán difícil resulta para cualquiera la tarea de revisar o simplemente comentar los trabajos provenientes de un talento y una pluma magistrales. ¿Qué le queda a cualquiera agregar en estos casos, que no se inscriba en el género perifrástico o en el estilo tautológico? Consciente de éste y otros riesgos, acepté la invitación que me hicieran los amables coordinadores del homenaje, movido por el grande y sincero aprecio que tengo por el maestro y su obra.

Abordaré por separado cada uno de los trabajos, atendiendo al orden cronológico de su publicación.

El Vocabulario de fray Alonso de Molina

...este religioso es la mejor lengua mexicana que hay en la Nueva España entre españoles, sin hacer agravio a nadie, y ha tenido mucho uso de componer tratados y cosas útiles en dicha lengua.

Códice franciscano, siglo XVI

Fue en el año de 1970 cuando apareció el primer estudio de Miguel León-Portilla sobre historiografía lingüística novohispana; se trata del “Estudio preliminar” que realizara por encargo de la Editorial Porrúa para presentar la primera edición facsímil en México del *Vocabulario en lengua castellana y mexicana y mexicana y castellana* de fray Alonso de Molina.¹ Por la fecha en que se publicó, esta edición puede considerarse conmemorativa del cuarto centenario, ya que la primera edición del *Vocabulario* se imprimió en 1571.

Obra de capital importancia para el estudio de la lengua que llegara a ser la más extendida y cultivada del México antiguo, su reedición en nuestro país era tan urgente como impostergable. En efecto, por extraño que parezca, la obra cumbre de la lexicografía náhuatl del siglo XVI no había sido reimpresa aquí,² a pesar del elevado número de trabajos lingüísticos que, desde las últimas décadas del siglo XIX, habían sido objeto de reedición en México,³ y no obstante que esta obra contaba ya con el antecedente de una edición facsimilar publicada en Alemania en 1880,⁴ y otra, también facsimilar, impresa en España en 1944.⁵

Ahora bien, fue precisamente la edición facsimilar alemana la que Editorial Porrúa eligió como modelo para realizar la propia; tal decisión se tomó (según revela León-Portilla en su estudio) debido, sobre todo, a la pulcritud y fidelidad del trabajo enteramente artesanal realizado por Julius Platzmann. El carácter “facsimilar” de dicha edición no debe ser entendido en términos actuales; nuestros facsímiles se efectúan esencialmente

¹ Fray Alonso de Molina, *Vocabulario en lengua castellana y mexicana y mexicana y castellana*, primera edición, México, en casa de Antonio de Spinosa, 1571, 4f. prels. + 161f. r y v; primera edición facsímil en México, Editorial Porrúa, 1970, LXIV p. + 4f. + 161f. r y v (Colección Biblioteca Porrúa 44.)

² Cabe señalar que fray Rufino González publicó en 1910 en Puebla una edición parcial del *Vocabulario* (la parte castellano-mexicana).

³ Cf. Ignacio Guzmán Betancourt, “Para una historia de la historiografía lingüística mexicana, desde sus orígenes hasta el siglo XIX”, en *Dimensión Antropológica*, México, INAH, 1994, año 1, v. 2, p. 95-130, y “Breve semblanza de la reedición de obras lingüísticas”, en *Estudios de Cultura Náhuatl*, v. 27, en prensa.

⁴ Fray Alonso de Molina, *Vocabulario en lengua castellana y mexicana y mexicana y castellana*, edición facsimilar preparada por Julius Platzmann, Leipzig B. G. Teubner, 1880.

⁵ Fray Alonso de Molina, *Vocabulario en lengua castellana y mexicana*, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1944 (Colección de Incunables Americanos, siglo XVI, v. IV.)

a través de técnicas y medios fotográficos (y, más recientemente, electrónicos), procedimientos aún no explotados para estos fines en la época en que Platzmann realizó y publicó su trabajo. Como se mencionó hace un momento, la edición alemana fue producto de un trabajo artesanal en el sentido de que el diligente bibliófilo reprodujo, imitándolos hasta en el más mínimo detalle, los caracteres de imprenta tal como aparecen en la edición de 1571. Labor en verdad digna de toda admiración y elogio. Un trabajo así efectuado dio como fruto el que esta edición aventajara en nitidez a su modelo, el cual, no está por demás mencionarlo, es siempre escrupulosamente respetado por el esmerado editor. Puesto que la edición del *Vocabulario* promovida por la casa Porrúa no se pensó únicamente para enriquecer el acervo de los coleccionistas de facsímiles, sino para el servicio de un círculo mucho más amplio de lectores e investigadores, el trabajo de Platzmann resultaba sumamente atractivo para estos fines; y así lo advierte León-Portilla en su estudio, y así lo demuestran las tres reimpressiones que hasta ahora ha tenido que hacer la mencionada empresa editorial.

El “Estudio preliminar” efectuado por León-Portilla comprende las páginas XIII a LXIV del volumen, y se divide en tres secciones principales. En la primera y más breve (páginas XIII-XVIII) se pondera a grandes rasgos el valor de la obra de Molina, destacando su importancia en el contexto de la historia de las ideas lingüísticas. Llama asimismo la atención sobre un aspecto no considerado antes, como lo es la opinión de los propios indígenas acerca de los trabajos lingüísticos efectuados por los franciscanos. Cita al respecto el testimonio del historiador indígena Chimalpáin (1579-?), quien en su “séptima relación” es bastante elocuente en ese sentido, y cuya opinión puede considerarse como representativa del asunto. Hace también un recuento crítico de las diferentes ediciones del *Vocabulario*, a la vez que enfatiza la necesidad de reimprimir esta herramienta fundamental para el estudio de la lengua náhuatl. Agotadas o en extremo difíciles de conseguir (aun en bibliotecas) sus diferentes ediciones, y ante la casi total ausencia de alternativas bibliográficas modernas, la reimpresión de esta obra no podía ser más oportuna.

Inmediatamente después de esta breve pero sustanciosa introducción, viene lo que estimamos como la parte medular del estudio; a saber, primeramente la biografía de fray Alonso (p. XIX-XLV) y en seguida el análisis filológico-lingüístico del *Vocabulario* (p. XLVII-XLI).

Respecto del estudio biográfico del ilustre franciscano, de entrada se puede afirmar que la minuciosa y documentada investigación realizada por León-Portilla para cumplir con este aspecto, dio como fruto la biografía de fray Alonso más completa que se haya redactado hasta el presente.⁶

⁶ Ascensión H. de León-Portilla, “Hernando de Ribas: intérprete de dos mundos”, en *Revista Latina de Pensamiento y Lenguaje*, núm. 2B, v. 2 *Estudios de lingüística, filología y cultura nahuas*, en prensa

En efecto, ocurre con frecuencia que de muchos de los personajes novohispanos que alcanzaron renombre en su tiempo por sus actos y sus obras, sus vidas nos sean mal o fragmentariamente conocidas. Y en este sentido fray Alonso de Molina no fue la excepción, a pesar de haber sido el escritor en lengua indígena más fecundo y exitoso del siglo XVI. Para no mencionar más que sus trabajos lingüísticos, podemos destacar que no solamente fue el primero en hacer imprimir trabajos de esta clase sino, además, con la sola excepción de Pedro de Arenas,⁷ el único autor en todo el periodo colonial que tuvo el privilegio de ver reimpresas sus obras lingüísticas.⁸ Cronistas tempranos como fray Jerónimo de Mendieta, y más tarde historiadores como don Joaquín García Icazbalceta, habían aportado buena cantidad de datos sobre la vida del polígrafo franciscano, pero resultaban insuficientes para tener un panorama más completo y veraz de su biografía. León-Portilla no se queda en el terreno de las conjeturas, ni acepta al pie de la letra lo dicho por sus predecesores; al contrario, en este sentido adopta una actitud provechosamente crítica y alerta al analizar con sumo cuidado diversos textos y datos contenidos en obras y documentos antiguos, así como en estudios modernos. Todo ello le permite rastrear con acierto y veracidad las diferentes etapas de la vida del insigne lingüista. Nos enteramos así de su gestión evangélica en los claustros de diferentes conventos del altiplano (San Francisco de México, Tlatelolco, Tezcoco, Tecamachalco); de sus enfrentamientos con el Santo Oficio; sus relaciones con otros ilustres personajes de la época y, en fin, de sus numerosos escritos y publicaciones. En suma, León-Portilla recrea vívidamente y de manera muy lograda el contexto histórico, social y humano de gran parte del siglo en que le tocó vivir y actuar a fray Alonso.

Acerca del espacio que dedica en concreto al análisis y valoración de las características formales del *Vocabulario*, podemos destacar lo siguiente. En primer lugar, resalta aquí el carácter pionero e innovador de la obra lexicográfica de Molina. Aunque hay noticias fiables de que con anterioridad los también franciscanos Francisco Ximénez y Andrés de Olmos habían elaborado sendos vocabularios del náhuatl, lo cierto es que el suyo, en su versión de 1555 (en una sola dirección, español-náhuatl), no solamente es el primero que sobre el náhuatl se publica sino, además, el primero sobre una lengua amerindia. El lugar de Molina en la historia de la lexicografía es, pues, sumamente importante, y más se acrecienta si consideramos que, para la fecha en que el *Vocabulario* se edita por primera

⁷ Pedro de Arenas, *Vocabulario manual de las lenguas castellana y mexicana*, México, en la imprenta de Henrico Martínez, 1611; véase el "Estudio introductorio" de Ascensión H. de León-Portilla a la edición facsimilar publicada en 1982 por la UNAM, p. XIX-LXXXIX.

⁸ En 1555 vio la luz su *Vocabulario en la lengua castellana y mexicana*; en 1571 lo reimprime, aumentado y complementado con la parte mexicana-castellana; en ese mismo año se imprime su *Arte de la lengua mexicana* y, cinco años más tarde, en 1576, se reedita con algunos cambios.

vez, eran escasos los diccionarios en lenguas vernáculas, incluidas naturalmente las de Europa.

Tras el oportuno señalamiento de lo anterior, León-Portilla procede a ocuparse del análisis formal del *Vocabulario*, a partir de la consideración de tres aspectos fundamentales, a saber, la finalidad de la obra, su contenido y, finalmente, la identificación y evaluación de las bases teóricas y metodológicas que sustentan el trabajo del diligente lexicógrafo nahuatlato.

Respecto del primer punto, la finalidad de la obra, destaca lo asentado por el propio autor en el primero de los “prólogos” del *Vocabulario*; a saber, el carácter eminentemente práctico del trabajo. Éste, no cabe duda, resultaba de extrema utilidad no sólo en el dominio eclesiástico, sino en un sinfín de situaciones emanadas del obligado trato entre peninsulares e indígenas. Debe tenerse en cuenta que la lengua náhuatl, por razones políticas, culturales y demográficas, disfrutaba ampliamente en Mesoamérica del carácter de *lingua franca* desde mucho antes de la llegada de los españoles; de manera que el conocimiento de la misma resolvía en muchos casos la comunicación con grupos de idiomas distintos. Así pues, la publicación de un diccionario bilingüe de doble dirección como el elaborado por fray Alonso resultaba enteramente oportuna e indispensable para los fines prácticos previstos por él. Es obvio que a quienes más habría de servir su trabajo serían los clérigos regulares y seculares encargados de la conversión, predicación y administración de sacramentos a los indios, tareas que requerían de un conocimiento bastante depurado del náhuatl y, de modo muy especial, de su léxico. Las aspiraciones de fray Alonso en este sentido no sólo se cumplieron amplia y satisfactoriamente, sino que incluso trascendieron en la posteridad. Hoy día es instrumento insustituible de consulta por los investigadores que se dedican al estudio de la lengua y la cultura nahuas. En su tiempo y durante toda la época colonial la referencia a “el vocabulario” era suficiente para comprender que se trataba del de fray Alonso de Molina.

Acerca del contenido del *Vocabulario*, se resalta en este apartado, en primer lugar, el número extraordinariamente elevado de vocablos que encierran las dos partes que componen la obra que se publica en 1571. Por lo que respecta a la primera parte, la sección castellano-mexicana, aparece esta vez, como diríamos hoy, revisada, corregida y aumentada. El mismo autor señala en la epístola nuncupatoria al virrey Enríquez que dicho vocabulario fue enriquecido con más de cuatro mil vocablos; esto es indicio, entre otras cosas, de su constante preocupación por el estudio del náhuatl. Pero a pesar del significativo número de voces que añade en la segunda edición, Molina advierte —y esto lo resalta León-Portilla— que su trabajo es tan sólo una aproximación al extraordinariamente rico léxico náhuatl.

Un aspecto importante que asimismo destaca León-Portilla en este apartado es el referente a los neologismos nahuas que, debido al carácter eminentemente práctico de la obra, incorpora Molina en el *Vocabulario* para nombrar no sólo muchas de las realidades recién introducidas en el

mundo indígena, sino, lo que para el caso es más importante, para traducir del modo más adecuado el sistema conceptual del cristianismo, así como para referirse a los más diversos procesos rituales de dicho credo: bautismo, confesión, matrimonio, compadrazgo, etcétera. León-Portilla repara también en un procedimiento diferente del anterior, que es el de la extensión semántica, es decir, la atribución de significados distintos —asociados siempre con nociones eclesiásticas— a palabras y expresiones nahuas que, evidentemente, antes no los tenían. En ambos casos Molina aprovecha la estructura polisintética del náhuatl. Termina este apartado referente al contenido del *Vocabulario* señalando algunas de sus más notables carencias como son, por ejemplo, las alusivas a vocablos del dominio religioso y, en general, cultural-institucional de los antiguos nahuas. A manera de justificación, León-Portilla conjetura que probablemente estas omisiones se debieron al hecho de que fray Bernardino de Sahagún proyectaba la realización de un *Calepino* en el cual se daría cabida a vocablos pertenecientes a dichos campos. Por lo tanto, Molina, enterado de dicho proyecto, pudo librarse del compromiso de incluir esta clase de términos, dejándolos a cuenta del experto Sahagún y, con ello, aligerar el volumen ya de por sí abultado de su *Vocabulario*.

El provechoso estudio preliminar culmina con una serie de importantes observaciones acerca del criterio y del método seguidos por Molina en la elaboración de su doble diccionario, aportación bibliográfica avanzadísima no sólo para su tiempo, sino en muchos sentidos también para el nuestro. Aquí se destaca, en primer lugar, la influencia teórica y metodológica ejercida por el gran lingüista español Antonio de Nebrija (c.1444-1522), no sólo en el trabajo de fray Alonso sino en la gran mayoría de los gramáticos y lexicógrafos de lenguas indígenas durante el periodo colonial. En concreto, fueron los vocabularios latino-español (1492) y español-latino (1495) de Nebrija los que sigue como modelo para estructurar los suyos. El mismo Molina declara explícitamente en el prólogo a la parte mexicana-castellana que ha obrado “conforme al proceder del Antonio de Lebrixa”, lo cual significa ni más ni menos que adoptar un criterio y un método científicos en la selección, análisis y arreglo de sus materiales lingüísticos. Sin embargo, esta sujeción a los principios del nebrisense dio pie más tarde a varios reproches que León-Portilla sutilmente refuta e invalida en esta última parte de su estudio. En efecto, ya desde principios del siglo XIX despistados críticos culpan a los gramáticos y lexicógrafos novohispanos de haber forzado la estructura propia de las lenguas indígenas al sujetarlas a esquemas diseñados para otros sistemas muy distintos de los americanos. Sin desde luego negar la influencia de Nebrija —que el mismo fray Alonso admite—, León-Portilla demuestra apoyado en varios argumentos cuán ingenuos e injustos resultan estos ataques. En el caso de fray Alonso, más de una vez cita su observación acerca de que la estructura lingüística del náhuatl no es de ningún modo idéntica a la de las lenguas europeas: “El lenguaje y frasis [morfosintaxis] destos naturales es muy

diferente del lenguaje y frasis latino, griego y castellano...”, señala muy significativamente el franciscano en la epístola nuncupatoria. De manera que nuestro avezado lexicógrafo estaba a plenitud consciente de las limitaciones que implicaba la utilización de criterios y métodos diseñados para describir idiomas de naturaleza distinta de los amerindios. Pero fray Alonso no se queda en el simple reparo de dicha circunstancia, sino que es para él un reto que deberá superar numerosas veces en el curso de su arduo y complejo trabajo. En este sentido, puede decirse que, más que la lengua, es el método el que se ajusta a las necesidades específicas de la realidad lingüística que el estudioso tiene frente a sí y procura aprehender de la manera más conveniente. León-Portilla, por su parte, no solamente pone en relieve este importantísimo aspecto, sino además ilustra con ejemplos concretos la lucidez del autor en el tratamiento de numerosas cuestiones teóricas y prácticas no previstas en los modelos tradicionales de análisis y exposición lexicográfica. Tal es el caso, entre muchos otros, del acertado tratamiento que Molina da al verbo náhuatl, así como a las diversas partículas que usualmente acompañan a esta categoría de palabras, procedimientos que León-Portilla comenta con detenimiento y valor en su justo precio.

Concluye el luminoso “Estudio preliminar” con dos útiles bibliografías. En la primera se enlistan, en orden cronológico, las obras sacras y lingüísticas escritas por fray Alonso y editadas por diversos impresores novohispanos, así como sus distintas reimpresiones posteriores. La segunda, no menos importante, registra los autores y obrascitados a lo largo del estudio y que constituyen el soporte documental o bibliográfico del mismo.

El Arte de la lengua mexicana, del padre Horacio Carochi, S. J.

No me culpes que tanto lo alabe porque bien lo merece...
Joseph Augustín de Aldama y Guevara

A principios de la pasada década los Institutos de Investigaciones Filológicas e Históricas de nuestra Universidad Nacional conjuntaron sus esfuerzos para hacer posible la primera edición facsimilar del celebrado *Arte de la lengua mexicana con la declaración de los adverbios della*, escrito por el jesuita italiano Horacio Carochi (1579-1662), y cuya primera edición salió de la imprenta de Juan Ruiz (Juan Ruyz) en 1645. Esta edición facsimilar apareció en 1983, como segundo volumen de la valiosa serie “Facsimiles de Lingüística y Filología Nahuas”, que edita el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM.⁹

⁹ Horacio Carochi, *Arte de la lengua mexicana con la declaración de los adverbios della*, reproducción facsimilar de la edición de 1645 con un estudio introductorio y notas de Miguel León-Portilla, México, UNAM-IIF/IIH, 1983 (Facsimiles de Lingüística y Filología Nahuas, 2.)

Algo que tal vez llame primeramente la atención de quien tenga entre sus manos y ante sus ojos el facsímil en cuestión es la excelente calidad de la edición: un hermoso volumen de 23 × 16 cms (63 p. + 132 f.), encuadernado en tela roja y protegido con una cubierta de cartulina blanca sobre la que figura el facsímil de la portada original. Huelga decir que la calidad de la reproducción facsimilar del tratado carochiano es, desde cualquier punto de vista, inobjetable.

El extenso “Estudio introductorio” que precede a la reproducción facsimilar del *Arte* ocupa las páginas 9-69 (IX-LXIX) y está organizado de la siguiente manera: tras un breve preámbulo que sirve de presentación general tanto al *Arte* cuanto a su propio estudio, León-Portilla desarrolla tres temas que considera fundamentales para lograr el mejor conocimiento y aprovechamiento de este tratado gramatical. Los temas en cuestión integran los tres grandes apartados en que divide el estudio y versan sobre los siguientes aspectos: 1) un breve resumen del contexto histórico en el que Carochi produjo su obra 2) un ensayo bio-bibliográfico del autor y 3) un análisis y evaluación del contenido del tratado.

En el primero de estos apartados (p. X-XII), León-Portilla expone a grandes rasgos el complejo panorama sociocultural de la Nueva España a mediados del siglo XVII, periodo que considera “ámbito de contrastes, conflictos latentes... y asimismo pujanza creadora que se manifiesta de múltiples formas”. Señala de manera especial el notable y alarmante proceso de disminución demográfica que desde la centuria anterior venía afectando a la población indígena, pero que se había acentuado en ésta. Cita al respecto un elocuente testimonio que el propio Carochi incluye como ejemplo en su *Arte: Ca ie ontlamì in macehualtin*: “ya se van acabando los indios...” (f. 84v). Pese a ello, destaca el interés y empeño de los religiosos por el estudio de las lenguas autóctonas, y pondera con objetividad la labor de los jesuitas (llegados en 1572) en este campo. Alude también al importante papel desempeñado por la Compañía de Jesús en el contexto educativo e intelectual del joven reino de la Nueva España, y no olvida mencionar su influencia en el panorama político de aquel tiempo. Después de este rápido repaso, procede a ocuparse de la primera de las dos cuestiones medulares que trata en su estudio: la biografía del padre Horacio Carochi.

En el espacio que dedica al asunto biográfico (p. XIII-XX), León-Portilla no recurre al estilo convencional del género, pues lo que aquí nos ofrece es más bien una ágil semblanza de la personalidad intelectual del autor, fundada en los datos que al respecto proporcionan varios historiadores y cronistas de la Compañía, así como en los valiosos testimonios que sobre el personaje incluye Francisco Zambrano en su *Diccionario bio-bibliográfico de la Compañía de Jesús en México*. Sabiamente utilizada, dicha información permitió recrear con rigor, pero también con amenidad, el entorno más próximo en que vivió y actuó este jesuita italiano quien, muy joven, llegara a Nueva España en los primerísimos años del siglo XVII. Así, por

ejemplo, refiere León-Portilla las facultades lingüísticas y dotes políglóticas de Carochi, su interés no solamente por el estudio de las lenguas indígenas, sino también por sus literaturas, crónicas y anales históricos. Menciona y discute las relaciones intelectuales y amistosas que sostuvo con algunos de sus contemporáneos como, por ejemplo, los señalados nahuatlato Juan de Tovar y Bartolomé de Alva, y con el célebre obispo- virrey Juan de Palafox, entre otros. Y, en fin, además de su destacada labor docente, recuerda los varios e importantes cargos que, muy en contra de su vocación, ocupó el diligente florentino en la administración y gobierno de la provincia mexicana: vice prepósito y prepósito de la Casa Profesa, consultor de la provincia, socio o secretario de los provinciales Luis de Bonifaz y Andrés Pérez de Ribas, rector del Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo.

Ahora bien, analizar o tan sólo comentar algunos aspectos del *Arte de la lengua mexicana* del padre Horacio Carochi no es de ningún modo tarea sencilla para quien la emprende. La obra, según la opinión de muchos, pasa por ser el mejor y más completo tratado gramatical que sobre el náhuatl se escribiera en el periodo colonial; su autor es considerado hasta la fecha como uno de los lingüistas más brillantes del virreinato. Polígloto en el pleno sentido del término, Carochi dominaba el latín, el griego, el hebreo y, naturalmente, sus lenguas materna y adoptiva, italiano y español. A estos conocimientos hay que agregar todavía su pericia en tres de los idiomas más importantes de Mesoamérica: náhuatl o mexicano, otomí y mazahua. Pero he aquí que, aunque importantes, sus dotes de polígloto no son las que aquí más interesan, sino sus facultades de lingüista, es decir, su capacidad para analizar y explicitar sistemas lingüísticos, explicar las distintas clases de procesos y funciones gramaticales y describir de manera metódica el léxico de las lenguas. Cabe mencionar que, además de su celebrado *Arte de la lengua mexicana*, Carochi elaboró un *Vocabulario de la lengua otomí*, cuyo manuscrito se encuentra en nuestra Biblioteca Nacional.¹⁰

Respecto del *Arte de la lengua mexicana*, el propio autor considera que su obra no es un tratado más del mexicano, sino un método preparado para quien de verdad desee aprender con perfección dicho idioma. Su *Arte*, pues, no es simplemente un tratado introductorio o un manual para el maestro, como lo fuera el de su predecesor Antonio del Rincón (c. 1556-1601), sino un método capaz de instruir por sí solo a quien lo siga con detenimiento y constancia.

Evidentemente León-Portilla dedica la parte más extensa de su estudio al análisis del *Arte* y a la valoración de los diversos aportes del autor en materia de fonología y gramática (p. XXI-LXVI). En este dominio, centra su

¹⁰ Cf. Roberto Moreno de los Arcos, "Guía de las obras en lenguas indígenas existentes en la Biblioteca Nacional", en *Boletín de la Biblioteca Nacional*, enero-junio de 1966, t. XVII, núms. 1-2, p. 51-52.

atención en el examen de seis cuestiones que le parecen más relevantes: 1) estructura de la obra, 2) fuentes bibliográficas y documentales, 3) tratamiento de la morfología y sintaxis, 5) distinción entre “derivación” y “composición”, y 6) análisis del libro quinto sobre adverbios y conjunciones.

Por lo que se refiere a la estructura de la obra, llama primeramente la atención sobre la subdivisión del tratado en cinco “libros”, difiriendo en esto de sus predecesores Olmos (1547), Molina (1571) y Galdo Guzmán (1642), pero coincidiendo en ello con el tezcocano Antonio del Rincón, el primero de los gramáticos de la Compañía de Jesús en Nueva España, y a quien Carochi elige como modelo. Por otra parte, probablemente haya que considerar este arreglo del material lingüístico en cinco libros como un retorno a la tradición clásica y, más en concreto, a la influencia del esquema de Antonio de Nebrija plasmado en su *Gramática castellana* (1492). Si en muchos sentidos puede considerarse a Carochi como un innovador, aquí lo vemos comportarse como un gramático respetuoso de la tradición.

Pasa en seguida a describir y comentar brevemente el contenido de cada uno de los cinco libros, destacando en cada caso los aspectos más sobresalientes en ellos, como son, por ejemplo, la influencia en él ejercida por Rincón a través de su *Arte mexicana* (1595), la preocupación de Carochi por desentrañar y explicitar la fonología náhuatl, principalmente en lo concerniente a rasgos prosódicos tales como el acento, cantidad vocálica y silábica, etcétera, y su representación gráfica; el especial empeño en describir exhaustivamente el conjunto de adverbios de la lengua, al grado de dedicarles el libro más extenso y documentado del tratado e incluso anunciarlo en el título del mismo. En fin, no desaprovecha ocasión en este recorrido para resaltar el talento, capacidad lingüística y aciertos del gramático italiano.

De gran interés resulta el apartado que dedica a la identificación de los numerosos recursos documentales que utiliza Carochi para fundamentar y ejemplificar gran parte de su acuciosa descripción gramatical, y de manera más copiosa en el libro sobre los adverbios. El propio Carochi señala sin falsa modestia en el prólogo “Al lector” no solamente que el tratado en general está bien “adornado de ejemplos”, sino que éstos son aun más abundantes y selectos en el libro v: “...este último libro fuera de ser muy provechoso por los muchos ejemplos, y excelentes frases de muy buenos Auctores, que con mi larga experiencia he recogido, y quizá en ninguna otra parte se hallarán...” Pues bien, en este proceder el autor denuncia una vez más la influencia de su maestro indirecto Rincón, ya que fue éste el primero en explotar el ya para entonces rico filón de escritos en náhuatl. Aquí hay que añadir que, como de costumbre, el diligente florentino aventaja con creces al atinado tezcocano. Ahora bien, dado que Carochi muy probablemente tenía la intención de elaborar una gramática descriptivo-normativa (y, además, didáctica) del mexicano de acuerdo con el patrón de las clásicas, recurre a una gran variedad de fuentes escritas

para ilustrar con propiedad la esencia y sutilezas de dicho idioma. Por otra parte, su alusión a los textos de “buenos auctores” es indicio del alto concepto que él tenía tanto de la lengua cuanto de sus cultivadores en los más diversos géneros. Y León-Portilla se impuso la ardua tarea de rastrear la procedencia del material ilustrativo empleado por Carochi. Así, nos revela, siempre con base en las pruebas, que el autor se sirvió, en efecto, de una gran cantidad de textos manuscritos e impresos, tales como los llamados *Cantares mexicanos*, los *Huehuetlahtolli*, los *Romances de los señores de la Nueva España*, diversos textos provenientes de los informantes de Sahagún (principalmente de una versión anterior del llamado *Códice Florentino*), anales históricos (como la *Historia* de Cristóbal del Castillo), así como una amplia serie de textos religiosos (traducciones de pasajes de la Biblia, vidas de santos, confesionarios, sermonarios, etcétera). A todos estos materiales hay que agregar todavía los numerosos ejemplos recogidos por el propio Carochi en su trato cotidiano con los hablantes nativos, y que consisten en determinadas expresiones, giros, dichos, etcétera. En virtud de que el autor —como justamente lo señala León-Portilla— utiliza testimonios provenientes de dos grandes momentos históricos, el prehispánico y el colonial, debe reconocérsele el mérito de inaugurar, en lo que a las lenguas indígenas se refiere, un enfoque que León-Portilla sugiere llamar de “apertura diacrónica” en el análisis lingüístico.

Por lo que se refiere a lo que León-Portilla califica de “interés fonológico” de la obra, aquí expone el comentarista varias e importantes consideraciones. En primer lugar, resalta el hecho de que, con excepción de Rincón —a quien Carochi emula pero habitualmente supera—, el florentino se distingue entre los gramáticos coloniales por su acucioso y atinado tratamiento de la fonología náhuatl. Esta materia había sido abordada de manera insuficiente por los gramáticos que precedieron a Rincón (Olmos y Molina), e incluso este último, con todo lo acertado de sus observaciones, no llegó al punto de precisión alcanzado más tarde por Carochi. En concreto, son de particular interés sus apuntamientos acerca de la cantidad y calidad vocálicas y silábicas, la distinción de dos tipos de saltillo, así como la explicación más congruente de determinados procesos morfofonémicos que se verifican en el náhuatl. En diferentes partes del *Arte* manifiesta el autor su preocupación por encontrar la sistematicidad de los fenómenos fonéticos y prosódicos de la lengua, los cuales procura exponer con claridad y rigor para beneficio de los estudiosos. Aquí conviene anotar que León-Portilla tuvo el cuidado de calibrar el impacto de las doctrinas fonológicas de Carochi en los *artes* de posteriores nahuatlato como, por ejemplo, Agustín de Vetancurt (1673), Manuel Pérez (1713), Joseph Agustín de Aldama y Guevara (1754), Francisco Xavier Clavigero (segunda mitad del siglo XVIII) y Rafael Sandoval (1810), quienes ostentan de una o de otra manera la influencia del acertado predecesor, e incluso señala a algunos autores en los que no se deja sentir dicha influencia, como

Joseph de Carranza (finales del siglo XVII), Francisco de Ávila (1717) y Carlos de Tapia Zenteno (1753). Asimismo, menciona el caso de fray Juan Guerra (1692), quien conociendo las doctrinas del jesuita, deliberadamente las elude, según sus propias palabras, por no “obscurecer a los principiantes la claridad [del] arte y ofuscarles los entendimientos [con sutilezas fonológicas]”. Señala también que esta actitud de descuido e indiferencia hacia el dominio fonológico, como la manifestada por Guerra, fue la que en general adoptaron los autores de gramáticas del náhuatl durante los siglos XIX y XX, situación que, con pocas excepciones, se ha mantenido así hasta la actualidad.

Después de examinar con la debida atención el interés fonológico que encierra la obra, pasa León-Portilla a ocuparse de otro de los dominios fundamentales de la teoría y descripción gramaticales, como lo son los campos de la morfología y la sintaxis. De hecho, el apartado que dedica al análisis de estos temas es el más extenso de los seis que integran el instructivo “Estudio introductorio”. Se adentra en el complejo tema planteando cómo un individuo tan agudo y capaz como Carochi pudo asentar categóricamente en el prólogo “Al lector” que la lengua mexicana carecía de sintaxis, es decir, de “construcción” u “orden o ayuntamiento de partes”; opinión que, dicho sea de paso, ya era rebatida a principios del siglo XVIII por uno de sus fieles seguidores, el agustino Manuel Pérez: “Ningún idioma puede carecer de sintaxis o construcción, y consiguientemente de composición de partes unas con otras...” (*Arte del idioma mexicano*, p. 67, citado por León-Portilla, p. XLIV). León-Portilla justifica con varios argumentos esta insólita idea de Carochi. En primer lugar, reconoce que el impulso innovador que el autor imprime en otros dominios del análisis lingüístico —el fonológico, por ejemplo— resulta aquí neutralizado debido a un apego estricto a los esquemas gramaticales tradicionales. Demuestra que, por extraño que parezca, el perspicaz florentino no fue capaz de sustraerse de las doctrinas enunciadas por Nebrija en el libro IV de su *Gramática castellana*, que es precisamente el que dedica a la exposición de la sintaxis castellana. Por otra parte, en este aspecto Carochi tampoco logró liberarse de la influencia del modelo que no pierde de vista, el del *Arte mexicana* de Antonio del Rincón. Con base en la consideración de los criterios empleados por Nebrija para caracterizar la sintaxis española y su no coincidencia con la estructura del náhuatl, León-Portilla determina la razón principal que llevó a Carochi a negar la existencia de un nivel propiamente sintáctico en dicha lengua. Pero no se queda en el simple señalamiento del hecho y sus causas, sino que la identificación del origen de la confusión de Carochi le da asimismo buena oportunidad para explicar, con el apoyo de ciertos planteamientos modernos, la manera como se llevan a cabo los procesos morfo-sintácticos en idiomas cuya estructura difiere radicalmente del latín y de los románicos. Para ello, las nociones de “morfemas-fuente” y “morfemas de sistema”, tomadas de las teorías relativas a los niveles de la estructura lingüística, propuestas

por el lingüista Dwight Bolinger en su libro *Aspects of language* (Nueva York, 1968), van a ser decisivas en el desarrollo de una explicación pormenorizada de la peculiar (morfo-sintaxis náhuatl). Este recurso le va a permitir asimismo detectar los acertados análisis sintácticos que Carochi, probablemente sin darse cuenta, efectúa numerosas veces en distintas partes del tratado cuando se ocupa de interpretar, con diversos fines, el rico y productivo sistema morfológico del náhuatl. Morfología y sintaxis son efectivamente en náhuatl dos campos en estrecha vinculación, aspecto que Carochi seguramente intuyó al considerar su articulación funcional como un *continuum* inquebrantable.

Procede en seguida a ocuparse del examen de dos cuestiones relacionadas también con la morfosintaxis náhuatl, a saber, los procedimientos de derivación y composición, a los que Carochi dedica los libros tercero y cuarto del *Arte*. Aquí ofrece un resumen bastante lúcido acerca de lo que el autor expone en torno de dichos procesos tan característicos y productivos del náhuatl. El ilustrativo repaso que de ellos efectúa le da también ocasión de ponderar una vez más la sagacidad de Carochi para penetrar con éxito en los dominios más sutiles de la estructura lingüística. Sin embargo, el reconocimiento de la excepcional capacidad analítica del autor no le impide denunciar algunas de sus flaquezas, como las que evidencia en el libro IV, el dedicado a la “Composición de nombres y verbos y otras cosas”, con la que Carochi suplió la sintaxis. En efecto, es precisamente en este libro en donde León-Portilla encuentra más acusada la influencia de Rincón, pues éste había procedido de igual modo en el libro IV de su *Arte mexicana*, sólo que Carochi va más lejos al negar la existencia de un nivel propiamente sintáctico en el náhuatl. Al cotejar ambos “libros”, León-Portilla encuentra que el tezcocano es seguido casi al pie de la letra por el florentino, e incluso halla que éste retoma varios de sus ejemplos, aunque por otra parte admite que las descripciones que Carochi hace de ciertos elementos morféimicos son más amplias y precisas que las de su predecesor. Como quiera que sea, en este dominio nos encontramos a un discípulo poco dispuesto a superar al maestro. Ahora bien, el minucioso análisis que León-Portilla dedica a estas cuestiones le permite sostener que Carochi trató los procesos de derivación y composición “en su doble aspecto de fenómenos morféimicos y a la vez de frecuente significación sintáctica”, tras de lo cual añade que, de acuerdo con esa perspectiva y en lo que se refiere a la composición, no le faltó del todo razón en poner a ésta en el lugar de la sintaxis.

El cuidadoso análisis del *Arte* culmina con un pormenorizado examen del libro V, el último de la obra, aquel que Carochi presenta como novedad metodológica, a la que considera su aportación más importante al conocimiento de la lengua náhuatl.

Ya al informar acerca de la estructura de la obra, León-Portilla había adelantado algunos valiosos comentarios sobre este libro dedicado específicamente al estudio de los adverbios y conjunciones, elementos a los que

el autor concede particular importancia, ya que sus funciones son, en cualquier lengua, equiparables a los nervios de un organismo viviente, “que aunque menudos en sí, dan fuerza y valor a los demás miembros, y sin ellos fuera del todo inútil la composición del hombre [...]; así también es tan necesario el buen uso de los adverbios en esta lengua, que si uno no está bien en ellos, a cada palabra se hallará atajado, sin poder dar un paso adelante, y su lenguaje será impropio”.

Discutía ahí, entre otras cosas, la extraña convicción de Carochi de haber sido él el primero en ocuparse de la descripción de esa categoría de palabras, y se sorprendía de que alguien tan avisado y ecuaníme sostuviera que sus predecesores no habían dicho nada (*neque verbum*) sobre la materia, lo que equivalía a ignorar y, en cierta forma, a menospreciar las aportaciones de aquéllos al respecto. León-Portilla acepta que Carochi tenía razón en sostener tal cosa tratándose de Rincón, quien efectivamente no concede especial importancia a dichas partículas, pero de ningún modo la tenía en lo que se refiere a Olmos, Molina y Galdo Guzmán, ya que éstos sí se ocuparon de ellas en sus respectivos *Artes*. Más aún, añade muy significativamente que “es fácil percibir que en las clasificaciones de adverbios y conjunciones hay una secuencia a partir de la obra de Olmos hasta llegar a la del mismo Carochi”. Sin embargo, también toma en cuenta lo expresado por el autor precisamente al inicio del libro V, en donde imprime un matiz distinto a sus palabras: “He echado siempre de menos en los artes mexicanos que hasta ahora se han impreso, un libro o tratado de adverbios...”; rectificación importante, pues con ella se atenúan los cargos de ligereza e incluso de maledicencia que eventualmente pudieran hacerse. Porque una cosa es que nadie antes que él se hubiera ocupado de los adverbios y conjunciones, y otra muy distinta el que no les hayan dedicado un libro o tratado específicos como él lo hace en el libro V de su *Arte*.

Ahora bien, una vez resuelto así el problema, León-Portilla comenta, por una parte, que si bien este autor no fue el primero ni el único en prestar atención a esta clase de elementos y, en cierto sentido, tampoco el más original, sí en cambio fue el más completo, acucioso y explícito de todos los gramáticos novohispanos en ese campo. Por otra parte, también señala que nadie como él logró reunir tal cantidad de testimonios al respecto y, lo que es más importante, nadie como él revisó tantos textos de la tradición clásica para extraer de ellos los ejemplos que mostraran el funcionamiento real de estas partículas en el discurso. Precisamente en esto radica no sólo la novedad de la inserción del libro V en el *Arte*, sino también su importancia para el conocimiento de varios otros aspectos relacionados con la morfosintaxis náhuatl. Por ejemplo, al describir dichas partículas en sus diversos contextos funcionales, el autor realiza inadvertidamente uno de los análisis más completos y precisos sobre oraciones complejas de cuantos se hayan efectuado hasta la fecha, cosa por cierto admirable viniendo de alguien que negaba al náhuatl la sintaxis.

Al igual que en los apartados anteriores, en éste también ilustra con selectos ejemplos los procedimientos metodológicos del autor, con lo cual ayuda a esclarecer aún más los planteamientos y enseñanzas del genial lingüista florentino. Termina el provechoso análisis del *Arte* con una breve alusión al capítulo final del libro v, “De dicciones que mudan la significación solamente por la variación del acento”, indicando asimismo la influencia que éste ejerció sobre los gramáticos posteriores. Cierra el extenso Estudio Introductorio un breve texto redactado a modo de conclusión, en el que enfatiza la importancia de este *Arte* en el contexto de la historia de las ideas gramaticales y lingüísticas de Occidente, y recalca la vigencia de su utilidad en el desarrollo de las investigaciones modernas, razones por las cuales lo califica de “mina de conocimientos lingüísticos”. Complementa al Estudio la lista de las obras consultadas (p. LXVII-LXIX).

La decisión de los Institutos de Investigaciones Filológicas e Históricas de la UNAM de poner nuevamente en circulación esta obra ejemplar para beneficio de los estudiosos fue tan acertada como oportuna. Vale la pena recordar que esta excelente gramática no se reimprimía en México desde 1892, año en que fuera reeditada por el Museo Nacional, pero sin ningún aparato crítico que evidenciara su valor y facilitara el acceso a ella a las nuevas generaciones de investigadores.

El Arte de la lengua mexicana, de fray Andrés de Olmos¹¹

Fray Andrés de Olmos fue el que sobre todos tuvo don de lenguas, porque en la mexicana compuso el arte más copioso y provechoso de los que se han hecho, y hizo vocabulario y otras muchas obras, y lo mesmo hizo en la lengua totonaca y en la guasteca, y entiendo que supo otras lenguas de chichimecos, porque anduvo mucho tiempo entre ellos.

Fray Jerónimo de Mendieta

El cumplimiento, en 1992, del V centenario de la publicación de la *Gramática castellana* de Antonio de Nebrija (Salamanca, 1492), primer tratado gramatical de una lengua vulgar que se imprime en Occidente (por no decir en el mundo), dio lugar a varios y diversos festejos conmemorativos dentro y fuera de España. Entre otros propició, en la Península, por lo menos tres ediciones de la *Gramática*, dos de ellas facsimilares.¹²

¹¹ Fray Andrés de Olmos, *Arte de la lengua mexicana*, 2 v., edición y estudio introductorio, transliteración y notas de Ascensión y Miguel León-Portilla, Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica, Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1993.

¹² Antonio de Nebrija, *Gramática de la lengua castellana*, estudio y edición de Antonio

Sin embargo, cabe señalar que no todo giró exclusivamente en torno del humanista español y su obra, sino que la efeméride trajo aparejados además otros acontecimientos asimismo de gran valor e interés como, por ejemplo, la edición facsimilar de las primeras gramáticas que se escribieron sobre tres de los principales idiomas del Nuevo Mundo: mexicano o náhuatl (1547), quechua (1560) y guaraní (1640). En concreto, esta labor la emprendieron conjuntamente el Instituto de Cooperación Iberoamericana, la Agencia Española de Cooperación Internacional, del Ministerio de Asuntos Exteriores de España y la UNESCO,¹³ como un gesto de reconocimiento tanto a dichos idiomas como a los autores de los tratados (Andrés de Olmos, Domingo de Santo Tomás y Antonio Ruiz de Montoya), todos ellos seguidores del ejemplo y, en mayor o menor grado, de las doctrinas del gramático renacentista español. Según tengo entendido, el propio León-Portilla desempeñó un papel importante en la gestación del proyecto que culminó con la edición facsimilar de estas tres gramáticas, mientras fungía como representante de México ante la UNESCO, en París. Al consultársele acerca de la conveniencia de efectuar una edición facsimilar de la *Gramática castellana* de Nebrija para conmemorar el quinto centenario de su publicación (1492-1992), se manifestó él, desde luego, en favor de la idea, pero recomendó a sus interlocutores hacer otro tanto con las primeras gramáticas de lenguas indígenas americanas, pues éstas eran también testimonios muy valiosos de la ciencia española, así como los primeros y vigorosos despuntes de la ciencia americana. Su sugerencia fue bien recibida y aprobada aunque, por razones que desconozco, solamente tres de estas primeras gramáticas americanas alcanzaron el privilegio de la publicación. Faltó reimprimir, entre otras, las de las lenguas tarasca (la cual, dicho sea de paso, fue la primera gramática de una lengua amerindia que se imprimió: el *Arte en lengua de Michoacán*, de fray Maturino Gilberti, publicada en México en 1558), zapoteca (1578), mixteca (1593), aymara (1603), araucana (1606) y chibcha o mosca (1619), cuyas reediciones estaban contempladas a futuro en el proyecto.¹⁴

Quilis, Madrid, Editorial Centro de Estudios Ramón Areces, 1989, 288 p. (es una reimpresión de la edición publicada por la Editora Nacional en 1980 y 1984); Elio Antonio de Nebrija, *Gramática castellana*, introducción y notas por Miguel Ángel Esparza y Ramón Sarmiento, Madrid, Fundación Antonio de Nebrija, 1992, 368 p. (ésta incluye el facsímil de la primera edición, contrastado con su transcripción moderna); Elio Antonio de Nebrija *Gramática de la lengua castellana* 3 v., edición crítica de Antonio Quilis, Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica, Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1992; el volumen I contiene la reproducción facsimilar de la *Gramática*, el II su edición crítica por Antonio Quilis, y el III diez *Estudios Nebrisesenses* coordinados por Manuel Alvar.

¹³ Al final de cada uno de los facsímiles americanos se lee: "La presente edición forma parte de las actividades conmemorativas del V Centenario de la publicación en Salamanca de la *Gramática de la lengua castellana* de Elio Antonio de Nebrija, aprobada unánimemente por la decisión 9.1 del 136 Consejo Ejecutivo de la UNESCO y por la resolución 13.4 de su 26 Conferencia General (París, 15 de octubre-7 de noviembre de 1991)."

¹⁴ Cf. Ascensión y Miguel León-Portilla, "Estrudio introductorio" al *Arte de la lengua mexicana*, de fray Andrés de Olmos, *loc cit.*, p. XLIII.

Fue así como las gramáticas mexicana, quechua y guaraní vinieron a compartir con la cinco veces centenaria *Gramática castellana* los honores de la conmemoración. Debe señalarse que la edición de aquéllas se hizo siguiendo el modelo que se había diseñado para la de Nebrija, a saber, una lujosísima presentación en dos volúmenes (tres, en el caso de la nebrisenense), resguardados en una caja o estuche forrado en tela color marfil (morado en la castellana), en cuyo frente se estampó una portada con los datos esenciales de cada una de las obras. En uno de los volúmenes se reproduce íntegra y facsimilamente el tratado gramatical correspondiente; en el otro se incluye su transliteración y el estudio crítico, confiado éste, en cada obra, a reconocidos especialistas en el campo. Acerca de la reproducción facsimilar de las obras, sorprende la manera como ésta se efectuó, pues en cada caso se reproduce fidelísimamente el ejemplar de la edición príncipe (o el manuscrito) que se utilizó para obtener el facsímil. Así, por ejemplo, la *Grammatica o Arte de la lengua de los indios de los reynos del Perú*, de fray Domingo de Santo Tomás (Valladolid, 1560), es un preciosolibrito de 14 × 10 × 3.5 cm (9 f. de prels. + 179 f. r/v), encuadernado en piel café oscuro (imitación piel en el facsímil) con doraduras en ambas cubiertas y en el lomo, tal como existe en la Biblioteca Nacional de Madrid (R 14332); en cambio, el volumen que contiene la transcripción moderna y el estudio crítico de la obra (realizados por el doctor Rodolfo Cerrón Palomino) y, desde luego, el estuche, son de mayores dimensiones (16.5 × 23 cm este último). Por lo que toca al facsímil del *Arte de la lengua mexicana* (Hueytlalpan, 1547, ms.), hecho a partir del ejemplar que se resguarda en la Biblioteca Nacional de Madrid (Sig. 10081, Res. 165), es un volumen de 15 × 21 cm y 83 f. r/v, cuya encuadernación imita de manera bastante lograda una cubierta de pergamino.

Ahora bien, la tarea de reeditar estas obras, incluida la de Nebrija, es, desde cualquier punto de vista, digna de todo elogio; sin embargo, me parece que no está por demás mencionar aquí un par de cuestiones de naturaleza no precisamente favorable hacia el proyecto como lo son, por una parte, el tiraje más bien limitado de las ediciones y, por otro, el costo de los ejemplares en las librerías. Acerca de lo primero, creo que un tiraje de mil ejemplares por obra es insuficiente, sobre todo si tomamos en cuenta que estas ediciones, en principio, están destinadas a difundirse a través del mundo hispánico (por lo menos), con el riesgo de agotarse muy pronto. Esto último ya ocurrió con la quinientista *Gramática castellana* de Nebrija, a pesar de que su tirada fue de dos mil ejemplares: a finales de 1993 me fue imposible conseguirla en las librerías madrileñas, pues ya para entonces se hallaba agotada. Por lo que respecta al precio, éste es considerablemente elevado, ya que cada edición (sin incluir la Gramática de Nebrija) se cotiza entre diez mil y doce mil pesetas (alrededor de 90-100 dólares americanos), cantidad que no desembolsa con facilidad cualquier persona, mucho menos los investigadores y estudiantes. A lo anterior quizá haya que añadir otro inconveniente, relacionado éste con el meca-

nismo de distribución comercial de los libros editados por organismos oficiales, el cual suele ser mucho más tardado —y a veces nulo— que el de las editoriales independientes. Hasta la fecha en ninguna librería de la ciudad de México he visto alguna de las bellas y valiosas ediciones patrocinadas por el Ministerio de Asuntos Exteriores de España y lo mismo debe suceder en Lima, en Asunción y en el resto de las capitales hispano-americanas.

Pasemos ahora a ocuparnos de la edición del *Arte de la lengua mexicana*, preparada por Ascensión y Miguel León-Portilla, a quienes debemos la transliteración de la obra y el estudio introductorio de la misma.

El *Arte de la lengua mexicana* de fray Andrés de Olmos —terminado de redactar en el convento de Hueytlalpan (en el actual estado de Puebla) el 1º de enero de 1547— es una obra de particular importancia para la historia de la lingüística. En varios sentidos su propia historia se asemeja mucho a la de la *Gramática castellana* de Nebrija. Por ejemplo, esta última no fue el primer tratado gramatical que se escribiera sobre un idioma vulgar —el castellano—,¹⁵ pero sí fue el primero que se publicó, en una época en que hacer algo así equivalía a realizar una hazaña descomunal. Por su parte, el *Arte de la lengua mexicana* de Olmos tampoco fue el primer tratado gramatical que se escribiera sobre una lengua indígena del Nuevo Mundo pues, aunque no los conocemos, hay noticias acerca de dos intentos previos de gramatización del náhuatl o mexicano, efectuados antes de 1531.¹⁶ El mismo fray Andrés con honestidad reconoce en el “Prólogo al lector” que había redactado su arte “considerando y mirando sobre la misma materia [el náhuatl] algo de lo que otros hombres avían escrito”, lo cual corrobora el cronista Mendieta al mencionar explícitamente los nombres de esos “otros hombres”, los frailes Francisco Ximénez y Alonso Rengel, y también cuando, al referirse a Olmos, puntualiza: “en la [lengua] mexicana compuso el arte más copioso y provechoso *de los que se han hecho*”.¹⁷ Incluso el terminado por Olmos en enero de 1547, según informa el propio autor, corresponde en realidad a una versión depurada y ampliada de uno anterior también por él elaborado: “...conociendo, a la

¹⁵ Cf. Ignacio Guzmán Betancourt, “La lengua, ¿compañera del imperio? Destino de un presagio nebrisense en la Nueva España”, en *Cuadernos Americanos*, México, UNAM, 1993, núm. 37, p. 148-164.

¹⁶ Cf. Ascensión H. de León-Portilla, *Tepuztlahcuilolli. Impresos en náhuatl. Historia y Bibliografía*, 2 t., México UNAM-IIH-IIF, 1988; ver en especial t. I, p. 11-12; Id., “El despertar de la lingüística y la filología mesoamericanas: su significado en la historia de la lingüística”, en *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, UNAM, 1995, v. 25, p. 207-223; Francisco Morales Valerio, “Los franciscanos y el primer arte para el estudio de la lengua náhuatl”, en *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, UNAM, 1993, v. 23, p. 53-81; Ascensión y Miguel León-Portilla, “Estudio introductorio” al *Arte de la lengua mexicana* de fray Andrés de Olmos, *loc. cit.*, p. XXIII, XLV.a

¹⁷ Cf. Fray Jerónimo de Mendieta, *Historia eclesiástica indiana*, segunda edición facsimilar, México, Editorial Porrúa, 1980, p. 550.

primera [arte] que hize, faltarle mucho en el corte [disposición]: aunque casi tocase lo principal questa segunda...”

De cualquier modo y en vista de la desaparición de los artes de Ximénez y Rengel, el *Arte* de fray Andrés de Olmos puede considerarse con toda legitimidad como el primer estudio científico realizado sobre una lengua del Nuevo Mundo. Por causas que hasta la fecha no se han podido determinar, esta obra no se imprimió en su tiempo; tuvieron que transcurrir más de tres siglos para que finalmente se editara, en 1875, en Francia, gracias al interés que por ella manifestara el diligente nahuatlato Rémi Siméon (1827-1890).¹⁸ Sin embargo, a pesar de esa irregularidad, hay pruebas de que el tratado circuló ampliamente en los diferentes centros de enseñanza establecidos por los franciscanos en la Nueva España, hasta la aparición, en 1571, del *Arte de la lengua mexicana y castellana* de fray Alonso de Molina. Es decir, tuvo una vigencia absoluta de casi 25 años en las aulas conventuales, tiempo que le permitió marcar profundamente la dirección de los estudios lingüísticos que a la postre se efectuaron sobre el náhuatl y otros idiomas aborígenes. En este sentido también podemos establecer un paralelismo entre Olmos y Nebrija, pues a ambos correspondió abrir por primera vez brecha en intrincados campos e influenciar a las sucesivas generaciones. Por otra parte, no está por demás mencionar que, pese a su tardía publicación, el *Arte* de Olmos es en el presente la gramática náhuatl que cuenta con más ediciones modernas, asunto que se refiere con pormenor en el estudio introductorio al *Arte* preparado por Ascensión y Miguel León-Portilla.

El texto elaborado por estos eruditos y acuciosos investigadores para presentar al moderno lector la flamante edición del *Arte de la lengua mexicana* patrocinada por el gobierno español y la UNESCO se halla, como ya se dijo, en el segundo tomo del volumen, precediendo la cuidadosa transliteración del tratado, también por ellos efectuada. El estudio ocupa las páginas 11-95 (XI-XCV) del tomo, de las cuales las nueve últimas recogen una nutrida “Bibliografía de Olmos y acerca de él”. Después de una exposición sumaria del momento histórico en que se produjo la obra y del señalamiento del valor e importancia de ésta en el contexto de la historia de la lingüística, el “Estudio introductorio” se distribuye en 16 secciones o apartados, en los que se discuten diversos temas relacionados con la historia del náhuatl, la vida y actividades de Olmos y las principales características y aportaciones de su trabajo.

Puesto que la edición de ésta y las demás obras auspiciadas por los organismos mencionados fueron proyectadas para difundirse ampliamente a nivel internacional, los cuatro primeros apartados del estudio ofrecen

¹⁸ *Grammaire de la langue nahuatl ou mexicaine*, composée en 1547 par le franciscain André de Olmos, et publiée avec notes, éclaircissements, etc. par Rémi Siméon, Paris, Imprimerie Nationale, 1875. Edmundo Aviña Levy publicó en 1972, en Guadalajara, una edición facsimilar de esta edición francesa, con prólogo de Miguel León-Portilla.

un orientador resumen de la historia antigua y reciente del náhuatl, con objeto de instruir al gran público sobre la materia y situarlo adecuadamente en el contexto general de la obra. Se informa aquí de la vasta distribución geográfica alcanzada por esta lengua en el México antiguo, de la cual quedan aún elocuentes vestigios. Se mencionan los diversos grupos que la hablaron, algunos de los cuales ejercieron una influencia determinante en la historia cultural de Mesoamérica y, desde luego, se recuerda su categoría de *lingua franca* en el interior de esta enorme y plurilingüe área geográfico-cultural, privilegio sólo alcanzado aquí por dicho idioma.

Especial atención conceden los autores a la información referente a la vigorosa tradición literaria que se desarrolló y floreció en esta lengua en el pasado, si bien hoy algunas comunidades de nahuahablantes se esfuerzan por mantenerla viva, renovada y pujante, tarea que constituye uno de los principales objetivos del movimiento *Yancuic tlahtolli*, “La palabra nueva”.

También especial referencia se hace a la escritura, es decir a la representación gráfica, visual de la lengua, tanto en su modalidad prehispánica (basada en un sistema mixto picto-logográfico con cierta tendencia hacia el fonetismo), como en su transcripción en caracteres latinos, iniciada a principios del siglo XVI a raíz de la conquista española. Del primer caso se citan los testimonios que aún perduran en pinturas murales, monumentos, objetos y en algunos códices que lograron salvarse de los estragos de la Conquista. Como contrapartida, la temprana introducción y adaptación a esta lengua del alfabeto latino significó una gran aportación para el registro y rescate de lo que los autores denominan “la antigua palabra”. Mediante el despliegue de una intensa actividad conjunta, europeos e indígenas se dieron a la tarea de explotar ese recurso para capturar infinidad de testimonios y, lo que es más importante, para producir nuevos textos redactados en náhuatl. Es así como este idioma adquiere plenamente el carácter de lengua escrita y literaria. Desde luego esta actividad no se limitó a los años inmediatamente posteriores a la Conquista, sino que continuó mucho tiempo después, incluso robustecida con la acumulación de múltiples experiencias. Por otra parte, también se señala la importancia que tuvo la temprana codificación gramatical de esta lengua, tanto para facilitar y fomentar la elaboración de textos, como para asegurar en la práctica su adecuada realización en las más diversas situaciones lingüísticas. Asimismo, se destaca y encarece el arduo trabajo y esfuerzos invertidos por los protagonistas en la consecución de estas metas, para quienes las dificultades y tropiezos representaban alicientes más que derrotas.

Ahora bien, este equilibrado repaso de la historia del náhuatl hubiera resultado incompleto sin la referencia a la progresiva declinación de su empleo oral y escrito, proceso irreversible que ya empieza a manifestarse desde finales del periodo colonial, pero que se acentúa y acelera en el México independiente, época a partir de la cual sus hablantes son cada vez

más atrapados en las redes de la castellanización. Sin embargo, como para atenuar la gravedad del proceso, se alude también al interés que desde mediados del siglo pasado comenzaron a manifestar numerosos eruditos mexicanos y extranjeros por el estudio científico del náhuatl y su literatura. Interés que, lejos de disminuir, se ha fortalecido con el paso del tiempo y, además, ha contribuido decisivamente a la revaloración del idioma por parte de quienes todavía lo hablan y de seguro continuarán hablándolo por mucho tiempo.

Por lo que se refiere a la biografía de Olmos, el asunto es tratado con la debida medida, es decir sin exceso de información ni derroche de erudición. Tras referir los datos de rigor, la atención se dirige hacia el escenario en que se va a mover este fraile burgalés llegado a finales de 1528 a la Nueva España. Era fray Andrés un hombre ya maduro cuando llega a estas partes pues, si es exacto que nació hacia 1485, andaría entonces por los 43 años de edad, o poco menos.¹⁹ Sus primeros biógrafos lo describen como un hombre docto, discreto, austero, de recio carácter e ideas claras y firmes y sumamente emprendedor dentro de los límites que le estaban permitidos. Quienes lo conocieron y trataron lo tuvieron siempre en el más alto concepto como, por ejemplo, el primer cronista de la orden franciscana en Nueva España, fray Jerónimo de Mendieta, quien acerca de él escribe:

Si con atención se mira la vida, penitencias y obras heroicas de este santo varón, se hallará haber sido uno de los muy perfectos religiosos que ha tenido esta Nueva España, amado de Dios y de los hombres, cuya memoria es en bendición, y a quien hizo Dios en la gloria semejante a los santos [...] Y así fue dado como por luz y maestro a toda la Nueva España, y la alumbró por discurso de cuarenta y tres años que en ella vivió enseñando la ley de Dios con sus sermones, escrituras y santidad de vida.²⁰

El repaso biográfico que sobre fray Andrés de Olmos nos brindan Ascensión y Miguel León-Portilla se centra ante todo en la relación de sus actividades como investigador de la antigua cultura de los pueblos mesoamericanos, en particular la de los nahuas del centro de México. Refieren los varios e importantes rescates etnohistóricos y filológicos que el fraile realiza primero por encargo de sus superiores y luego de su propia iniciativa. A él debemos, por ejemplo, la primera recopilación de gran parte de las “pláticas de los viejos” o *Huehuetlahtolli*, Testimonios de la Antigua Palabra, publicados por fray Juan Bautista de Viseo en 1600;²¹ así como el

¹⁹ Leonardo Manrique, en su trabajo “Fray Andrés de Olmos. Notas críticas sobre su obra lingüística”, publicado en *Estudios de Cultura Náhuatl*, v. 15, p. 27-35, sostiene que Olmos nació hacia 1490, es decir cinco años después de la fecha que aquí se propone.

²⁰ *Historia eclesiástica indiana*, loc. cit., p. 644.

²¹ *Hvehvetlahtolli*. Que contiene las pláticas que los padres y madres hicieron a sus hijos, y los señores a sus vasallos, todas llenas de doctrinas moral y política. Recogido, enmendado

primer intento de historia de Mesoamérica, obra de la cual sólo se conservó un resumen traducido al francés por André Thévet (1502-1590), pero que fue aprovechada por los historiadores posteriores, entre ellos Mendieta, según él mismo revela.²² Acerca de sus estudios lingüísticos, se mencionan las gramáticas y diccionarios que, según las fuentes, elaboró sobre varias lenguas distintas del náhuatl, pero cuyos manuscritos se perdieron. De gran interés hubieran resultado sus artes y vocabularios sobre el totonaco, tepehua y huasteco para conocer más a fondo sus habilidades como estudioso de los sistemas lingüísticos.

Del *Arte de la lengua mexicana*, en cambio, se conservan en la actualidad seis copias manuscritas, salvaguardadas en distintos repositorios: tres ejemplares en Estados Unidos (Biblioteca del Congreso, Washington; Biblioteca de la Universidad de Tulane, Nueva Orleans; Biblioteca Bancroft, Berkeley, California); dos en Francia (ambos en la Biblioteca Nacional, París) y uno en España (Biblioteca Nacional, Madrid).

La descripción de estos seis manuscritos se expone con cierta amplitud en el sexto de los apartados del Estudio, “El *Arte de la lengua mexicana*: los manuscritos que de ella se conservan”. Aquí se nos instruye acerca de un buen número de cuestiones relacionadas con la historia particular y características de cada uno de los manuscritos: su estado de conservación, grado de antigüedad, variantes caligráficas y textuales, anotaciones o glosas marginales, añadidos, partes faltantes, ediciones de que algunos han sido objeto, noticias acerca de sus diversos poseedores, etcétera.

Con especial detalle escriben la copia que se resguarda en la Biblioteca Nacional de España, en Madrid, ya que ésta fue la que se eligió para efectuar la reproducción facsimilar que comentamos. La elección no fue al azar sino que estuvo determinada al menos por dos razones importantes, a saber, la calidad de la copia que, aunque presenta algunas páginas faltantes, es una de las más completas, y también por tratarse quizá de la copia más antigua de cuantas existen (o por lo menos una de las dos más antiguas, junto con la del Fondo Español de la Biblioteca Nacional de París), y en ese sentido tiene el valor de un manuscrito original, muy cercano al espíritu que le imprimió su autor. Cabe mencionar aquí que en la transliteración del manuscrito se repusieron las páginas faltantes (que son las finales) basándose en el ejemplar de la Biblioteca del Congreso de Washington, tal como lo hiciera Rémi Siméon en el siglo pasado; dichas

y acrecentado por el Padre fray Ioan Baptista de la orden del Seráfico Padre Sanct Francisco. En México, En el Conuento de Santiago Tlatilulco, por M. Ocharte, año 1600. *Testimonios de la Antigua Palabra*. Reproducción facsimilar, estudio introductorio de Miguel León-Portilla, versión de los textos nahuas de Librado Silva Galeana, México, Comisión Nacional Conmemorativa del V Centenario del Encuentro de Dos Mundos, 1988.

²² Cf. *Historia eclesiástica indiana*, loc. cit., p. 76: “Y yo [...] teniendo algún deseo de saber estas antiguallas, ha muchos años que acudí al mismo padre Fr. Andrés [...] y él me dijo en cuyo poder hallaría esta su última recopilación escrita de su propia mano, y la hube y tuve en mi poder, y de ella y de otros escritos del padre Fr. Toribio [...] saqué lo que en este libro de los antiguos ritos de los indios escribo ...”

páginas faltantes incluyen íntegramente el texto del capítulo octavo de la tercera parte: “De las maneras de hablar que tenían los viejos en sus pláticas antiguas”. Asimismo, cabe también señalar que la transliteración —de carácter paleográfico— se realizó tomando en cuenta los textos de otras dos copias, a saber, la del Fondo Español de la Biblioteca Nacional de París y la de la Biblioteca del Congreso de Washington, que antes perteneciera a la librería Maisonneuve de París. Dicho trabajo incluye numerosas anotaciones referentes a restituciones de elementos faltantes en la copia de Madrid, divergencias en las grafías y traducciones, indicación de palabras o textos faltantes en las diferentes copias, erratas y omisiones de los copistas, etcétera. Indudablemente este conjunto de observaciones representa una aportación muy valiosa para quienes se acerquen al trabajo de Olmos con propósitos que vayan más allá de la mera curiosidad.

El análisis propiamente dicho del contenido del tratado gramatical de Olmos se inicia a partir del séptimo apartado del Estudio, y versa éste sobre la estructura de la obra. Aquí se resalta primeramente el hecho de que el trabajo presentado por el autor es producto de honda reflexión sobre la esencia y particularidades de la lengua mexicana, en todos sentidos tan diferente de las europeas. Asimismo, se hace notar que dicho trabajo proviene también de una detenida revisión de lo realizado anteriormente por otros autores en la misma materia. Ello quiere decir que el *Arte* de Olmos no es de ningún modo un manual improvisado, sino una obra resultante de seria meditación y esfuerzos continuos por presentar de la manera más justa los atributos propios de dicha lengua. En seguida se aborda la cuestión relacionada con la estructura tripartita de la obra, es decir, la peculiar subdivisión del corpus gramatical en tres grandes secciones en vez de los cinco “libros” tradicionales. Para mostrar que tal disposición no es arbitraria ni casual, y dado que Olmos afirma sujetarse en lo posible al esquema metodológico seguido por Antonio de Nebrija en sus *Introductiones latinae* (1481), Ascensión y Miguel León-Portilla emprenden una confrontación que atañe no sólo a las estructuras y contenido del *Arte* y las *Introductiones*, sino también el esquema seguido por Nebrija en la *Gramática castellana* (1492), igualmente subdividida en cinco partes, pero con una notable redistribución del orden de éstas con relación a las *Introductiones*. Como resultado del contraste hallan que, en términos generales, la distribución que Olmos asignó a los materiales lingüísticos en su *Arte*, en efecto, coincide más con la estructura de la gramática latina que con la de la castellana. Sin embargo, confirman asimismo que el autor no se ciñó por entero al modelo latino, como él mismo lo reconoce, sino que también tomó de la castellana aquello que le pareció conveniente para elaborar una descripción más acorde con la naturaleza de la lengua mexicana. Inspirado en el ejemplo y autoridad de Nebrija, Olmos también introduce las innovaciones metodológicas que considera necesarias para el mejor cumplimiento de sus objetivos. Esto, desde luego, contradice la opinión muy generalizada referente a que los frailes lingüistas del Nuevo

Mundo invariablemente forzaban las estructuras de las lenguas indígenas para hacerlas entrar en el molde de la latina. Claro está que la influencia de dicho modelo se deja sentir con distinta fuerza en la gran mayoría de estos trabajos, pero debemos admitir, por una parte, que ello difícilmente podía ser de otro modo, pues da la casualidad de que en aquellos tiempos aún no se inventaban otras técnicas más aptas para el análisis y descripción de cualquier tipo de lenguas y, por otra, que no pocos de estos arrojados gramáticos y lexicógrafos se esforzaron por encontrar la mejor manera de exponer los hechos lingüísticos que les correspondió analizar, obedeciendo más a las exigencias de la lengua, que a las premisas del método. Y fray Andrés de Olmos en este sentido constituye el primero y uno de los más elocuentes ejemplos de esta corriente que se origina en América y que a él corresponde inaugurar.

En los siguientes nueve apartados del Estudio se examinan con detenimiento y se evalúan con objetividad las cuestiones más relevantes de las muchas que trata Olmos en cada una de las secciones que integran su tratado, como son las referentes a la fonología (descripción de los fonemas y grafemas del náhuatl) y morfosintaxis, en donde son analizadas con pormenor sus acertadas descripciones de las diferentes categorías gramaticales o “partes de la oración” en náhuatl: pronombres, nombres, adjetivos, verbos (conjugación y formaciones, verbos irregulares, afijación verbal) y partículas (preposiciones, adverbios, conjunciones e interjecciones).

Un último y breve apartado se destina a resaltar tanto el interés sintáctico que prevalece en este primerísimo *Arte de la lengua mexicana* cuanto a encarecer el valor y la vigencia de las múltiples aportaciones que hace el autor para el conocimiento y cultivo de la lengua mexicana. Los méritos de esta singular muestra del quehacer científico que se desarrolla tempranamente en el Nuevo Mundo han sido reconocidos y pregonados por varios estudiosos modernos de reconocido prestigio, algunos de los cuales se mencionan en este Estudio. Y, por su parte, Ascensión y Miguel León-Portilla, después de haber analizado concienzudamente y en su totalidad el trabajo que fray Andrés de Olmos nos legara, tienen sobradas razones para considerarlo como una auténtica obra maestra del Renacimiento.

Conclusión

Muy al principio de estas páginas nos permitimos considerar como un verdadero acierto la participación del doctor Miguel León-Portilla en la edición facsimilar de las obras lingüísticas de fray Alonso de Molina, del padre Horacio Carochi y de fray Andrés de Olmos. Y ahora, tras la experiencia de repasar someramente la labor que realizó en esos campos,



podemos confirmar lo dicho, sin que nuestras palabras puedan interpretarse como premeditada lisonja o convencional formulismo.

Los tres estudios introductorios que realizara para dichas obras tienen el denominador común de la excelencia. En ellos vertió colmadamente su sabiduría, rigor científico y ecuanimidad intelectual, cualidades a las que debemos sumar el entusiasmo, amor y respeto que en todo momento manifiesta por su trabajo y el de los demás.

Se puede asegurar que nadie antes que él había penetrado con tanto rigor y objetividad en el estudio sobre la vida y la obra de estas tres figuras señeras de la lingüística mexicana. Por tanto, no está por demás insistir en la importancia de sus resultados en el marco de la historia y de la historiografía lingüísticas, no sólo por representar sus aportaciones trabajos estupendamente logrados, sino también por constituir éstos instructivas lecciones para los practicantes habituales y eventuales de dichas disciplinas, tan en boga en la actualidad.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS